Descansa, pues, en paz, padre mio, y que el Jaungoikoa te dé el puesto que tus virtudes merecen, que de tu nombre en la tierra me encargo yo.

Y volviéndose á la madre exclamó:

—Madre: me traias para que aprendiese de mi padre á morir vengando á mis mayores y defendiendo nuestro Dios y nuestra Libertad.

Sosiegate, que ante el Jaungoikoa te juro que en mi pecho habrá tanto amor para El y nuestra Libertad como odio y venganza para nuestros enemigos. En mis venas no correrá una sola gota de sangre que no estaré dispuesto á verter contra el enemigo comun; y si una sola palabra de compasion ó miedo naciera de mi, caiga sobre mí cabeza la maldicion de toda mi raza y la maldicion de Dios.

Madre: ántes era un niño y debia andar contigo; ahora soy un guerrero y me debo á la guerra hasta que no quede un solo enemigo en las montañas cántabras.

Y el niño guerrero desapareció por aquellos riscos.

La madre, ahogada por el entusiasmo que la conducta del hijo la habia causado, dijo:

—¡Digno eres, hijo mio, de tu buen padre, quien desde lo alto te bendecirá como ahora te bendice tu madre!

FÉLIX DE ORTIZ Y SAN PELAYO.

Agosto de 1884.

LOS PARTIDOS DE PELOTA.

Uno de los acontecimientos más animados y extraños para el que no conoce las costumbres y usos de la Euskal-erria, son los partidos de pelota.

Mas á todas partes y á todas las cosas llega el espíritu reformista del siglo: las grandes condiciones marineras de las chalupas y remeros bascongados son sustituidas hoy por velocísimos vapores; la agilidad de los propios y peatones del país que ántes cruzaban las veredas de las montañas, se ha cambiado hoy en poderosas locomotoras; la soltura de cuerpo y poder de brazo de los jugadores de pelota, han reci-

bido en la actualidad grande ayuda con la chistera, el guante, la red y la pala. Aquellos partidos á mano en que se admiraba la destreza de la mano izquierda y el sobre bote, han muerto, para ceder su plaza al revés y sota mano: los Arandos, Bisimodus y tantos otros serian hoy niños, ante el mágico efecto del remonte y punta libre.

Sin embargo, algunos están aun por aquello; ahora las extremidades de la derecha trabajan, se esfuerzan más, y sus opuestas parecen languidecer; es como el que hiciera gimnasia ó esgrima de un solo lado, y tal vez para la salud, desarrollo y perfeccion humanas, fuese mejor lo que se va perdiendo.

Mas estas son cuestiones nada más que de apreciacion, y todas las opiniones son para nosotros respetables.

Pero lo que siempre continua son los *mómios,* las traviesas estudiadas y tantas otras peripecias que dan animacion y vida al espectáculo.

El casero baja de la pintoresca vivienda á admirar á su jugador favorito; el sacerdote, cumplidos sus deberes espirituales, abandona su retirada anteiglesia, para animar al estudiante de quien fué severo *dómine* y en el que siempre encontró más condiciones de jugador de pelota que de traductor de Horacio; el propietario, el indiano, el que vive de su carrera, como el vago de real órden, todos asisten á recrearse con las alternativas del partido, que les emociona á veces por sus pérdida ó ganancias.

Irabaziya dago exclama el temeroso; *ez, ez, jo eta ebaki* repite el entusiasta; *orainguan etzin ta irabazi diegu,* dice el que cree segura su apuesta: afinanse los jugadores disputándose un tanto, para recibir una tempestad de aplausos; merecido galardon de sus esfuerzos, mientras el famoso Iskiña ó alguno de sus consócios grita con voz ronca y sentenciosa:

«*Amar duro zazpiren Donostiarren aldea.*

ENRIQUE IRABIEN Y LARRAÑAGA.